

**JUNIO  
2018**

**CUADERNOS DE ESPIRITUALIDAD DEL HOREB —  
CARLOS DE FOUCAULD**



**Comunidad Ecuménica Horeb – Carlos de Foucauld |  
Director Victor Jose Viciano**





Queridas hermanas, queridos hermanos: recién estrenada la Pascua, el Papa Francisco nos regaló con la Exhortación Apostólica “Gaudete et exultate” (Alegraos y regocijaos) para invitarnos a vivir en santidad.

Para nosotros es una invitación que nace de las mismas palabras del Bienaventurado Carlos de Foucauld: *«Pregúntate en cada cosa “¿qué habría hecho el Señor?” y hazlo. Es tu única regla, la regla absoluta».*

Siempre habíamos creído que la santidad era cosa de personas especiales, dulces, amembrilladas, sin mancha o de severos penitentes y anacoretas entregados a humillar su cuerpo; sin embargo sabemos que no es así, todos conocemos de la santidad del día a día, de la santidad entre pucheros (como gustaba decir Santa Teresa de Jesús), de la santidad de la misericordia (como practicaba Santa Teresa de Calcuta) o de la santidad de la vida sencilla y humilde entre las personas que nos rodean en nuestra vida (como amaba hacer nuestro Pequeño Hermano Carlos de Foucauld).

No soy santo, ¡ojalá lo fuese! Y mi vida está llena de quebradas y espirales, de momentos de acercamiento a Jesús de Nazaret y de momentos de alejamiento de Dios; aunque si hay algo que he aprendido en todos estos años de vida es que cuando más lejos creí estar, Él se hallaba presente y me cuidaba con tanta dulzura y respeto que yo podía pensar que me valía por mí mismo; también que cuando me sentía cerca de Él no era por mis méritos ni por mis esfuerzos, sencillamente Él seguía estando ahí con el mismo mimo y delicadeza, de tal modo que mis ojos del corazón podían hallarlo en el hermano, en el silencio del desierto, en la mirada cómplice ante el Santísimo en la adoración eucarística, en la enfermedad, en el trabajo... Descubrir y redescubrir ha supuesto en mí romper velos que ocultaban su Rostro, dejar que mi mirada se mezclase en los ojos del otro, aceptar una caricia y una palabra de sincera amistad y de gratitud.

*“Sed santos porque yo, vuestro Dios, soy santo”.*

Vuestro pequeño hermano en el camino,

Víctor Viciano



# Llamados a ser santos

---

**Breves charlas impartidas para la meditación**



## ADORAR AL DIOS VIVO EN MEDIO DE NOSOTROS.

Evangelio según San Juan 20, 24-29:

En aquel tiempo estaban reunidos y encerrados por miedo a los judíos los discípulos y las discípulas de Jesús con la Virgen María, Magdalena y los Apóstoles...

*"Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.» Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.» Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.» Dícele Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.»"*

El Evangelio que os he propuesto para hoy está dentro del contenido pascual, en los momentos posteriores a la muerte y resurrección del Señor. Si dejamos que la palabra del Señor descienda a nuestro corazón, podremos descubrir varios aspectos significativos y actuales en nuestra vida.

“Dichosos los que no han visto y han creído”. Detengámonos un momento en esta última frase de Jesús y repitémosla para nuestros adentros “dichosos los que no han visto y han creído”.

Señor ¿y cuando te hemos visto? ¿Cuándo te hemos visto para creer en Ti? Es la primera pregunta que acude a mi mente, ¿Yo creo en Ti, Señor? Tú nos dices “dichosos los que no han visto y han creído”, sin embargo tú nos has dejado maneras de verte, de verte para encontrarte, de verte para creer en Ti. Incluso tu reproche, dicho con tanta ternura y misericordia como un amigo o una madre pueden decirlo, hace que cierre mis ojos y te diga: Señor, aumenta mi fe, robustece mi fe, que pueda verte con los ojos del corazón y amarte desde mis entrañas aun cuando mi mente te niegue o no te perciba.

Pero tú nos has dejado signos.

Volviendo a las palabras de Jesús en este Evangelio, vemos que le dice a Tomás «trae tu mano y métela en mi costado»; sí, Tú le enseñas las heridas de tus manos, como llagados estaban también tus pies, pero le insistes «trae tu mano y métela en mi costado». Cada vez que veo un Cristo crucificado busco siempre la llaga de su corazón, sí, los clavos en pies y manos, la corona, las rodillas castigadas, la sangre que puede apreciarse están ahí; sin embargo yo siempre busco el costado que muestra la llaga en el corazón. No siempre está representado, no es quizá lo que más llame la atención de la imagen pero es lo que mis ojos y mi ser buscan en cualquier representación, algo que en el Cristo de nuestro altar está remarcado en esas ropas sacerdotales que lo envuelven y que ofrecen un marco especial a la llaga del costado, miradlo.

Cristo ha resucitado, en este Evangelio nos dice que apenas hace una semana, y ha resucitado con sus llagas, Jesús mantiene sus heridas, transfiguradas, pero visibles, su resurrección no lo ha convertido ni en un fantasma ni en un alienígena ni ha borrado el sufrimiento y sus consecuencias; la resurrección ha transfigurado el dolor y la muerte, ha transfigurado la Pasión. «Trae tu mano y métela en mi costado». El corazón de Cristo, del Jesús de Nazaret resucitado, es un corazón llagado, traspasado, no lo olvidemos cada vez que miremos a su Sagrado Corazón.

Volvamos al final del texto: «Dichosos los que han creído sin haber visto».

Señor, soy torpe, sí y te vuelvo a preguntar: ¿cuándo te he visto?

Y me doy cuenta, Señor, de que has dejado innumerables muestras de tus llagas alrededor mío. Cada ser humano, cada persona, que sufre, que pasa hambre, que tiene sed, que es perseguido o maltratado, que es humillado, cada hombre o mujer que es despojado de las ropas de su dignidad, de aquellos que están enfermos, de los que están abandonados, de los que han sido encarcelados por la justicia injusta o que viven encarcelados en su propio cuerpo, cada niño que es vejado en su inocencia o abortado, cada mujer prostituida, cada trabajador que no es tratado respetuosamente, cada persona que no es aceptada por nosotros a causa de su forma de pensar, de vivir, de su sexualidad, de su dinero, de su religión o de su origen... Todos y cada uno de ellos son una de tus llagas, sí, Señor, tus llagas de las manos y de los pies, las de tu cabeza coronada de espinas, las de tu cuerpo lacerado... todas son la llaga de tu corazón traspasado.

Y ahí es donde yo te veo, como te vio Tomás, llagado y resucitado.

Tú, Señor, has sabido tender tu mano. (Bueno, Señor, has sido un poco tramposo y ya no sé si me has tendido la mano o me has tendido la trampa). Tomás te pidió entrar en tus llagas y yo te he preguntado cuándo te he visto, como siempre Tú has tenido la respuesta amorosa y me has dicho *si quieres entrar en mis llagas, si quieres verme, lo tienes fácil: cada vez que se lo haces a uno de estos mis pequeños, a mí me lo has hecho.*

Y entonces descubro que estoy invitado a adorar al Dios vivo, al Dios que hace tanto por mí y por sus hijos. Aprendo que el amor, la caridad, no tiene medida, abraza a todos los que abrazan al Corazón de Jesús, al corazón traspasado. Y al mirarnos en el Sagrado Corazón de Jesús podemos ver en él un alma rescatada por su sangre y amada por Él, y ver el rostro de tantas personas amadas por su Corazón, como podemos ver a tantas personas que nos muestran las heridas de la Pasión.

Queridos hermanos y hermanas, Tomás hoy nos dice que es posible tocar con nuestras propias manos las llagas de Jesús, que es posible besar con nuestros labios las manos llagadas por los clavos que tan poco nos gustan, que es posible abrazar a Jesús en cada ser humano sufriente, en aquellos que nos desagradan y en aquellos que amamos, que podemos entrar en el corazón de Cristo si somos capaces de entrar en el corazón del

hermano, si somos capaces de perdonar, de comprender, de aceptar al otro tal como es, en su propia realidad y momento personal.

A nosotros nos queda tomar una decisión, una decisión que Tomás –ante los apóstoles, las santas mujeres y el mismo Jesús- tomó y le llevó a decir «¡Señor mío y Dios mío!». A nosotros hoy nos toca decidir si queremos ser transfigurados y configurados en Jesús de Nazaret, podemos venir y adorarle, podemos reconocerle en la Eucaristía pero... ¿queremos ser transfigurados en Él? ¿queremos ser configurados en Jesús, el Cristo?

Al llegar a este punto, siento que mi alma cae arrodillada, que solo desea permanecer postrada y callada, sin pronunciar ni una sola palabra mas que aquella que el mismo apóstol «Señor mío y Dios mío» y decirte «Padre me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias...».



## **EN EL CORAZÓN DE LA MASA, TESTIGOS DE SU AMOR.**

Queridas hermanas, queridos hermanos, estamos en el mes del Sagrado Corazón de Jesús, en la anterior reflexión os hablé de las Llagas de Cristo resucitado, estábamos en la Pascua, hoy hemos dejado atrás la Pascua y estamos aún inmersos en la octava de Pentecostés, el gran regalo del Espíritu Santo al que rezamos para que caliente aquello que está frío, para que nos de consuelo, para que reparta sus siete dones según la fe que tenemos sus siervos.

Pero vamos a dar un pequeño paso más, vamos a tomar conciencia de una realidad que como cristianos y como personas, hombres y mujeres, hay en nosotros: todos necesitamos cariño, todos necesitamos que se nos preste un poco de atención, a veces tan solo pedimos las migajas (como Lázaro); en resumen, lo que nos mueve físicamente es el corazón y lo que necesitamos es amor.

En aquella catequesis os propuse adorar al Dios vivo en medio de nosotros, os preguntaba si estamos dispuestos a ser transfigurados en Jesús y configurados en Jesús: - Gregory, Remedios, Lola, Marisa, id diciendo cada uno vuestro nombre... ¿quieres ser configurada en Cristo?

Y hoy te hago una pregunta (nombres) ¿quieres ser el corazón para el mundo? ¿quieres ser el amor de la Iglesia?

Pero antes es mejor que nos detengamos y oigamos la Palabra de Dios :

Evangelio según San Mateo 11, 25-30:

***“En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”.***

«Soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas», es la palabra que me llama la atención en esta meditación. Una palabra doble: «soy manso y humilde de corazón», «descanso para vuestras almas».

Detengámonos un segundo, mirad al Cristo Sumo Sacerdote de nuestro altar, miradlo, miradlo y decid «manso y humilde de corazón, descanso para nuestras almas». Dejemos otro minuto de silencio, seguid mirando al Cristo al mismo tiempo que repetís sus palabras, como si Él mismo nos estuviese diciendo a cada uno de nosotros «Víctor, Lola... soy manso y humilde de corazón, descanso para tu alma».

¡Cuántas veces a lo largo de nuestra vida, de tu vida, le has dicho al Señor que necesitabas descansar o le has pedido por alguna persona que sabías necesitada de ayuda, de ayuda de Dios!

Somos cristianos de viejo, con altibajos, con nuestras noches o con nuestros regalos de Dios, nos hemos acostumbrado a oír una y otra vez palabras como estas de hoy, quizá nos vemos ya tan santos que no nos damos cuenta de que hemos de seguir caminando y aprendiendo que Él es el manso y humilde de corazón, lo hemos oído tantas veces que nos lo creemos pero no nos afecta. ¿Recordáis cuando los discípulos de Emaús reconocen a Jesús de Nazaret al partir el pan y se dan cuenta de que mientras Él les explicaba las Escrituras su corazón ardía? Y nuestro corazón, tu corazón, ¿arde? ¿arde cuando lees y oyes las Escrituras, cuando te las explican?

Hemos vuelto al corazón, de nuevo nos situamos en nuestro corazón para reconocer el Sagrado Corazón de Jesús. Pues, entonces, vamos a detenernos un minuto y a orar juntos diciendo:

«Señor Jesús, que desde el tabernáculo de mi corazón, convertido en sagrario tuyo, puedas irradiar tu luz y tu amor sobre las personas que me rodean, sobre aquellos con quienes vivo y me cruzo cada día, de tal manera que tu luz llegue a iluminar a quienes no te conocen».

Cuando llegamos a este punto no tenemos ya marcha atrás. ¿Te imaginas haberte convertido en un faro de la Divina Providencia y así que Dios, a través de ti, pueda iluminar el mundo?

Si quieres podemos repetir de nuevo, lentamente y con plena conciencia la oración que acabamos de hacer:

«Señor Jesús, que desde el tabernáculo de mi corazón, convertido en sagrario tuyo, puedas irradiar tu luz y tu amor sobre las personas que me rodean, sobre aquellos con quienes vivo y me cruzo cada día, de tal manera que tu luz llegue a iluminar a quienes no te conocen».

Cristo nos invita a hacer un cambio, a transfigurar nuestra vida y a vivir una religión de amor, es más, a hacer de la religión un amor. ¿Entendéis lo que os quiero transmitir esta tarde? Vivir el amor de Dios como estilo de vida tuyo, mío, nuestro, con nuestro carácter, con nuestras dificultades, pero auténtico: Cristo, Amor de todo amor, convertido en el dueño de nuestra vida y nosotros teniéndole a Él como referente para cada palabra, para cada acción, también para la oración, preguntándonos qué es lo que haría Jesús si se encontrase en nuestra situación.

Y el amor lo identificamos con el corazón. Dicen que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es de origen medieval, realmente está presente ya en los primeros momentos de la Iglesia, dice San Pablo «tengamos los mismos sentimientos que Jesús» y San Juan no tiene una sola palabra en su Evangelio en donde no nos hable del amor de Jesús, del amor de Dios; ya hablamos el otro día de las Llagas de Cristo, prueba de su amor.

Pensemos por un momento cuantas personas en Nazaret sabían que vivían con Dios, que Dios estaba en la casa de al lado. Pensemos cuantas personas ven a Dios en nuestra vida. No os hago una reflexión para fustigar la conciencia, no es eso, os pido que os paréis un segundo y digáis si tú eres una custodia, como la Custodia en la que adoramos a la Sagrada Eucaristía, si en tu vida –en nuestra vida- mostramos a Jesús, si eres transparencia de Jesús. Tenemos que cambiar mucho pero es nuestra vocación, siempre decimos fulano tiene vocación de cura, mengana tiene vocación de clarisa... y se nos olvida decir «tengo vocación de santo, de santa» y nos creemos que eso es para gente «muy especial» a la que se le hacen las llagas en las manos o tienen visiones o viven éxtasis místicos, esas personas están llamadas a la misma vocación que cada uno de nosotros y lo que ocurre es que han sido regaladas por Dios para que los demás descubramos que incluso y a pesar de nuestro carácter podemos ser santos, santos de lo cotidiano, del cada día.

Hay un día en que uno ve a una persona y se enamora, primero no le dice nada, luego le espía a escondidas, poco a poco se van dando a conocer y con el tiempo llega la boda. La santidad es igual, uno descubre a Cristo, se enamora, no sabes qué decirle cuando te sientas a rezar, empiezas a indagar y escuchar las Escrituras, poco a poco Él se va dando a conocer y un día llega la boda, es decir: te has transfigurado y has descubierto que la santidad se vive en el día a día, en lo cotidiano, con los que te rodean, así sin más.

Y como te has enamorado quieres su corazón, quieres ser su corazón, entonces das un paso más, en plan manso y humilde, porque has descubierto que el mundo está necesitado de amor, te das cuenta de que hay mucho sufrimiento, de que se sufre

mucho, de que tú sufres mucho –venid los cansados y agobiados-, descubres que se puede sufrir y amar mucho. Y ahora viene el chiste: el dolor que te causa una persona y el dolor que te causa una enfermedad los notas, ese sufrimiento ¡lo sufres! Duele hasta el alma, has visto con angustia a personas sometidas a un gran sufrimiento, podías tocar el dolor. ¿Has visto morir a alguien de amor? ¡Nunca amamos tanto como para morir de amor! Si sentimos que el mundo sufre y necesitamos acudir en su ayuda, debemos ser capaces de amar tanto como para sentir ese amor, porque si no nunca amaremos bastante.

Hermanas, hermanos, ¿nos proponemos ser el corazón? ¿nos proponemos amar hasta el infinito? ¿Os imagináis que desde aquí irradiásemos tanto amor que este templo se fuese llenando? No os estoy proponiendo nada descabellado, os estoy invitando a que seamos la levadura en la masa, a que seamos el corazón en la masa, a que seamos el amor en el mundo, en nuestro barrio, en nuestro trabajo, en donde estamos, sin miedo y sé que nos da mucho miedo, ¿y no nos da miedo que los demás que nos miran no vean en nosotros un rayito de luz de Cristo? ¡Eso es lo que nos debería asustar!

«Venid a mí y encontraréis descanso para vuestra alma» Jesús nos invita a que miremos su corazón y a que seamos testigos de su amor.



## **SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, AMAR SIN CONDICIÓN.**

El Pueblo de Dios, Israel atraviesa el desierto, en él se enamoró de Dios y Dios escribió con su Pueblo un “pacto de amor” por el que Dios lo reconoce como “mi pueblo”. El paso por el desierto no ha sido fácil, la aridez ha cambiado el corazón de los israelitas, en el desierto han aprendido a despojarse de todo y a reconocer a su único Dios, el silencio ha jugado su baza, el hambre de Dios ha cambiado las mentes, Dios ha decidido llenar de gracia a su pueblo y su pueblo le vuelve la espalda una y otra vez, ¿no ha quedado prendado de su Dios? Este es el preámbulo a la Palabra que vamos a escuchar.

Del Profeta Jeremías (30, 33).

*«Esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días – oráculo de Yahveh-: “pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” ».*

Dios siempre al encuentro, nuestro Dios siempre a la espera. Miremos por un momento nuestra propia historia personal, intentemos recordar esas cosas, momentos, personas, que nos hicieron felices en el pasado; seguramente solo recordaremos de aquellas situaciones las cosas buenas y las malas no nos vienen a la memoria: son las cebollas de Egipto en las que pensaban los israelitas cuando estaban en el desierto y se olvidaban de los sufrimientos padecidos; sin embargo, Dios siempre atento a sus necesidades les regalaba con el Maná bajado del cielo, con fuentes de agua fresca, con una tierra fértil en la que constituirse como pueblo y vivir ese amor.

Un siglo antes de que el profeta Jeremías se dirigiese nuevamente a los israelitas para hablarles de un Dios que busca enamorado a su pueblo, el Profeta Oseas también había alzado su voz intentando encarrilar a los israelitas, como la madre hace con los niños cuando anticipa el peligro y les advierte de que no van por el buen camino, de que se pueden hacer daño, de que ella se va a enfadar si siguen portándose mal, pero la madre los ama, ama a sus hijitos y, pese a todo, no solo los lleva en su corazón y los tiene presentes las 24 horas, además vela por ellos, los perdona y también los corrige.

Oseas ha escuchado una palabra de Dios «Le llevaré al desierto y le hablaré al corazón».

Si no habéis estado en el desierto puedo deciros que es un lugar que sobrecoge, durante el día, al mirar hacia el horizonte buscando un lugar en donde cobijarte y descansar sin achicharrarte bajo el tórrido sol corres el riesgo de perderte al poner tus ojos en los espejismos que aparecen ante ti y que te hacen creer que hay ciudades, palmeras, agua o caravanas allá en la lejanía y tú, engañado, sales aprisa en busca de algo que nunca encontrarás porque no existe. ¿No os ha pasado jamás el poner vuestras ilusiones en una persona, en un trabajo, en una situación o en una cosa y luego habéis salido escaldados u os habéis dado cuenta de que no era lo que parecía? (como el dicho aquel de que no es oro todo lo que reluce). Las noches en el desierto son muy frías, tienen ruidos extraños, te sientes nada en medio de la inmensidad.

Este desierto es un reflejo de nuestro desierto personal, de nuestro desierto espiritual. Vivimos tan convencidos en nuestra fe que no le damos a Dios quizá toda la importancia que debiera tener en nuestra vida; me explico: Él está en nuestra vida pero no pensamos que ha sido Él quien ha actuado o ha propiciado cada acción o cada segundo de la misma. En el desierto estamos desposeídos de todo, no tenemos qué comer, a duras penas algún sorbo de agua, y la Sagrada Escritura no nos acompaña, ha quedado todo allá en el lugar de donde partimos y ahora tenemos hambre y tenemos sed. Hambre y sed de lo material, de llenar nuestra barriga, nuestra cuenta, nuestros gustos y caprichos. ¿Hambre y sed de Dios?

Es entonces cuando Dios puede hablarnos al corazón. Como con las llagas, nos ha vuelto a hacer la rula y, en esta ocasión nos ha traído al desierto. Creíamos –como los israelitas- que lo íbamos a pasar bien y nos damos cuenta de que nos ha ido despojando de todo, nos ha dejado sin nada, un poco más y estamos desnudos cubiertos con harapos. ¿Y ahora qué?

Dios nos ha traído al desierto para hablarnos al corazón. Y nos dice (nombres) *desde ahora tú eres mi favorita, ya no te llamarán devastada ni abandonada porque desde ahora eres mi Desposada*. Así habla Dios a Isaías al referirse a su pueblo, al amor de su Vida.

Dios siempre nos tiene en su corazón, nos ha constituido en el centro de su vida divina, como el amado y la amada, uno y otro solo tienen ojos para sí, solo tienen en su corazón el reflejo de la mirada del otro, como un espejo que nos dice San Juan de la Cruz en su cántico espiritual: «oh, cristalina fuente, si en esos tus semblantes plateados, formases de repente los ojos deseados que tengo en mis entrañas dibujados».

¡Ay, Señor, si formases de repente los ojos deseados...!

¿Cuál es nuestra verdadera historia de amor con Dios?

¿Hemos dejado que escriba en nuestros corazones sus Leyes, su palabra divina, su canto de amor para mí, para ti?

¿Podemos decir hoy: «Señor, soy tu pueblo»?

Jeremías es el exponente de la frustración, como imagen profética de Jesús de Nazaret. No le sale nada bien en el sentido de que el pueblo al que Dios le manda no le escucha, son duros de mollera, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, no tiene voz su garganta (como advierte el salmo 135 y llora el profeta). Pero la inmolación del Hijo de Dios, en la cruz, escándalo para los necios, no solo no es frustrante pese al grito de Jesús «Padre, porqué me has abandonado» ya que en él significó que en Dios ponía toda su esperanza y confianza pues no le exigió apartar el cáliz, además de entregarnos a María como Madre nuestra «he ahí a tu madre». Tras la cruz vendrá el Cristo que nos acompaña en el camino y parte para nosotros el pan, el Cristo que nos muestra la llaga resucitada de su costado.

*«Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo».*

*Señor, Amor de todo amor, que te has hecho presente en mi vida, que has respetado mis tiempos y siempre me has salido al encuentro, transforma mi vida, configura mi corazón en el tuyo, que tú y yo, Señor, seamos una sola cosa, que mi vista, que mi pensamiento, enamorado de ti no busque sino tu sola figura, que en cada uno de mis hermanos sepa ver tu rostro y que ellos en mi vean tus manos, tus pies, reflejo del amor que nos tienes.*

*Propicia Señor el encuentro con tu Sagrado Corazón y que sea yo tu corazón en medio de quienes me rodean.*



## CUANDO SOY DÉBIL, SOY FUERTE.

Queridas hermanas y hermanos, esta tarde tendremos la Oración de Sanación ante el Santísimo, por eso quiero enfocar esta catequesis a partir de las palabras de San Pablo haciendo especial hincapié en torno a la enfermedad porque es en ella en donde más débiles nos vemos, podéis compartir con toda libertad desde lo que las palabras de San Pablo provoquen en vuestro corazón.

Esta pequeña charla de hoy va a ser una mezcla de testimonio personal, de experiencia vivida y de los sentimientos que a mí me suscita, así dice:

**«'Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad'. Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.»**

Cuando sufres la enfermedad, sobre todo enfermedades complicadas o terminales, siendo consagrado en la vida religiosa sueles afrontar la situación de un modo distinto a cuando estás en la vida secular. Recuerdo aquellos frailes y monjas que se negaban a recibir cuidados especiales o a tomar medicamentos que les prolongasen los días de vida o los apartase del dolor pues entendíamos que así nos sumábamos a la Pasión de Cristo, a los «dolores de parto de la humanidad», vivíamos en otra «escuela» de la fe, una escuela a la que reconozco he pertenecido y con sus principios afronté una parte de la enfermedad que sufro, para mí esa era la forma normal de asumir nuestra realidad como hombres, de dejar a Dios realizar su gracia, de tener los ojos puestos en el tramo final que supone, como dice Carlos de Foucauld, abandonarse plenamente en las manos del Padre y confiar en su abrazo, desde ahí puedo aseguraros que en todo momento he vivido con paz y serenidad y con alegría este dolor que une a la Pasión de Nuestro Señor y a la de tantos hombres y mujeres que lo están pasando mal, sea cual sea el motivo.

Pero hay un momento en todo este proceso en que me siento interpelado, esto me hace recordar la historia de Abraham que hemos escuchado en las semanas anteriores, cuando Dios le pide en su ancianidad que salga de su tierra, años después que sacrifique a su hijo y más tarde aún que expulse a su esclava con el hijo que de él ha concebido. Es decir, siempre debemos estar dispuestos al cambio, porque en Dios podemos encontrar la fuerza para cambiar, porque en Él podemos encontrar el alivio para nuestra debilidad, y que no debe importarnos las necesidades que puedan surgirnos durante la nueva etapa de vida que Dios nos pide, un tiempo en el que tendremos dudas, miedos, en el que nos asaltará nuestro pecado personal, pero en el que como bien nos dice Jesús de Nazaret «venid a mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré». Y yo me pregunto si realmente creo en estas palabras de Jesús, si creo que Él me aliviará en mi angustia, en mi cansancio, en los momentos de agobio. Es en este punto en donde vuelvo a retomar el relato que os hacía acerca de mi enfermedad. ¿Por qué me sentí interpelado? Al ver el rostro de sufrimiento de mi madre, la angustia que vivían mi sobrino y mi

hermana por cómo iban desarrollándose la enfermedad y el desenlace que todos preveían e intentaban evitar, la familia y los médicos; me pregunté si el cuarto Mandamiento «Honrarás a tu padre y a tu madre» no me obliga a cambiar mi actitud y mis planteamientos –como Abraham-, así es como en mí hay una nueva acogida de la Palabra de Dios que me abre a otra dimensión amorosa en la que, confiar plenamente en las manos del Padre y en las palabras de Jesús, me ayuda a aceptar esta realidad que es mi enfermedad, a integrarla en mi vida familiar, intentando no causarles más preocupación de la existente y compartiendo con ellos lo que vivo y, sobre todo, desde donde lo vivo, es como involucrarles en mi propia historia de salvación, en la que Dios escribe para mí, al tiempo que yo formo parte de esa historia en mi familia y en amigos muy concretos que además aceptan que la viva desde la fe, una fe que se robustece por la acción del Espíritu Santo, Defensor del necesitado, y de la oración de tantas y tantas personas. Así me doy cuenta de que al unirme a la Pasión de Cristo, el Padre pone junto a mí a otras personas que como el Cirineo, como las Santas Mujeres, como Juan el Evangelista, me acompañan y ayudan en la situación que vivo, además de recordarme de que todo llegará a su tiempo, mientras tanto con ellas puedo ser fuerte.

Sentirme débil ante Dios, sentirnos débiles ante Dios, no es anularnos como personas, no es sentirnos como viles gusanos, todo lo contrario, es reconocerle como el Dador de todas las Gracias, como nuestro sustento para el alma, como el bastón en el que nos apoyamos y que hace brotar agua de la roca de nuestro corazón y de nuestra vida.

¿Recordáis cuando os pregunté si querías que vuestra vida fuese transfigurada, si queríais convertirlos en su sagrada Custodia, si quieres ser su Corazón en medio de las gentes que te rodean? También os dije que Dios te ha elegido y ahora te llama «su Favorita».

Hoy al ponerme delante del Padre quiero darle gracias porque en mi debilidad soy fuerte en Cristo, porque me coge de la mano y me levanta, porque me llena de besos con todos los besos que recibo en casa y fuera de casa; *gracias, Padre, porque nos acoges tal y como somos, no buscas cambiarnos sino que estemos nosotros dispuestos a ser transformados por Ti y en Ti, gracias porque nos has mandado a tu Hijo Jesucristo y nos animas con tu Espíritu Santo; te pido que nos des una fe robusta, sobre todo cuando zozobramos y que nos ayudes a estar siempre atentos a las necesidades de cuantos nos rodean para que, como faros de tu Amor, tengamos la palabra oportuna, nuestras manos tendidas, nuestro corazón abierto y la seguridad de que nunca nos abandonas.*



## SÁNAME, SEÑOR.

Queridas hermanas y hermanos, hoy es viernes de sanación y el texto de las sagradas escrituras que vamos a comentar en nuestra oración de esta tarde se produce en Betania, en casa del leproso Lázaro y de sus hermanas Marta y María de Betania. Concretamente Lázaro ha muerto, Jesús le «resucita». Y os preguntaréis qué tiene que ver este pasaje con la oración de sanación.

Antes de la lectura vamos a situarnos un poco. Cerrad los ojos y entrad en casa de Marta y María, hace unos días que Jesús ha ido a comer con ellas, mientras Marta prepara la comida, como hacéis las madres cuando van vuestra familia y amigos a comer invitados a vuestra casa –intentando seguir como podéis la conversación en el comedor-, María ejerce de anfitriona y atiende al amigo Jesús; como siempre, llega un momento en que la mamá –que está en la cocina- llama a su hija o al nieto para que eche una mano en servir la mesa, evidentemente no va a llamar al invitado, y Jesús, que viene de recorrer los caminos de Galilea y va hacia Jerusalén, como está hablando entretenidamente con María y seguramente contándole algo interesante de lo que le ha ido ocurriendo, le dice a Marta que se espere un momento. ¿Os estáis haciendo la composición, la idea, como si esto ocurriera en vuestra casa cualquier domingo o día de cumpleaños?

Dejamos que pasen unos días, Lázaro estaba enfermo de lepra –es decir, era un proscrito, lo peor para el mundo, el ser más deleznable, la última escoria, que tenía que ir con una campana para que todos se apartasen de él y no se contaminasen ni se hiciesen impuros ante Dios-. ¿Cuánta gente tenemos hoy así entre nosotros? ¿A cuántas personas las vemos así porque son de otro país o de otra raza o porque no llevan traje y corbata ni joyas, porque rezan «a otro Dios», o simplemente porque son de tal o cual familia del pueblo que está mal mirada?

A mí, siempre que aparece un leproso en el Evangelio me recuerda al abrazo de San Francisco con el leproso y me recuerda con mucha emoción mi primer encuentro a mi llegada a la leprosería, aquel momento en que una mole humana por su tamaño y forma de caminar se me vino directo a mí, me abrazó y estrujó entre sus enormes brazos, en ese momento comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir para Dios.

Pongámonos de pie y escuchemos los retazos del Evangelio (Jn 11, 1-2, 43-44):

**+ *Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. (...) Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: «Desatadlo y dejadle andar.»***

Podemos sentarnos y dejar que la Palabra se aposente en nosotros.

Lázaro está enfermo, como tantos de nosotros y de nuestros conocidos. La enfermedad forma parte de nuestro camino hacia el Padre, nuestro cuerpo se va degenerando y envejeciendo porque ha de culminar su tiempo en esta vida para poder ir al cielo, la enfermedad ni es un castigo ni es una tortura, es un paso necesario para redescubrirnos a nosotros mismos, para reencontrarnos con nuestra fe, para darnos cuenta desde donde hemos estado viviendo todo este tiempo y si hemos puesto a Dios en el primer lugar o si lo hemos relegado al último e, incluso, si lo hemos dejado en el borde del camino, para que no moleste pese a que nos consideramos personas devotas, católicas, de Misa y comunión. Quizá al enfermar empecemos a echarle culpa a Dios de todo lo que nos pasa, a faltarle al respeto gritándole *¿por qué a mí? ¡yo no merezco esto!* Creyendo que somos los hijos perfectos, como el de la parábola del hijo pródigo, y pensando que los demás son peores que nosotros, en lugar de acercarnos y arrodillarnos para decirle *«Padre, no merezco llamarme hijo tuyo, pero una palabra tuya bastará para sanarme»*. Es cierto que solo la gente sencilla puede llegar a descubrir como un regalo la enfermedad o la vejez, sí, aunque parezca «anticuado o masoquista» que no lo es, de esto os he hablado en alguna catequesis anterior; no podemos tener mayor regalo de Dios que la presencia eucarística de Jesús y poder sumarnos a su Pasión redentora, colaborar en que este mundo sea mejor y los desconsolados hallen consuelo.

Volvamos a Lázaro, dice el Evangelio que estaba atado de pies y manos y su rostro cubierto con un sudario. Paremos un segundo, pensad qué puede significar esto para cada una de vosotras, de vosotros, qué significa esto para ti. Cierra los ojos y mira la escena, como si estuvieses allí mismo o como si fueseis el mismo Lázaro.

Cuántas veces «estamos atados de pies y manos» hemos dicho, no puedo hacer esto o aquello o decirlo porque estoy atado de pies y manos... Cuántas cosas nos limitan en nuestra vida cotidiana, cuántas excusas para no hacer aquello que hemos de hacer, para dar un paso y decidirme a vivir una vida consagrada «porque estoy atado de pies y manos», o para ayudar a una persona que necesita de ti «porque estoy atada de pies y manos», en cuantas ocasiones nos hemos excusado en ello para no acudir a la llamada de Dios, a la llamada de los hermanos, a la llamada a la oración. Siempre tenemos excusas para no dar un paso adelante o para postrarnos ante Dios o para decirle un «Sí» como María, porque nos preocupa el qué dirán de nosotros, porque no queremos quedar mal con alguien. En cuantas ocasiones hemos dejado que otros nos pongan ataduras, que otros lleven las riendas de nuestra vida, que otros decidan lo que está bien y mal para ti y para mí, llegando incluso a tener miedo y vergüenza de santiguarnos por si nos ven, cuántas veces hemos evitado saludar o charlar con tal persona porque es de un partido o de una ideología determinada, o porque tiene cierta sexualidad, o por tantas razones que nos han hecho sentirnos avergonzados.

El mismo relato evangélico nos dice que Jesús ordena quitar la losa que cubre la sepultura. Y nosotros ¿dejamos que Jesús de Nazaret quite esa losa que pesa sobre nuestras vidas? ¿De verdad creemos que el Hijo de Dios puede quitarnos ese gran peso que no nos deja vivir? Hoy es viernes de sanación, estamos aquí y dentro de un rato Él bajará hasta nosotros para bendecirnos a ti y a mí, a cada uno de nosotros, queriendo

quitar la losa pero ¿encontrará esa fe? Si os dais cuenta, en el relato dice que Jesús ordenó quitar la piedra, no fue en este caso él directamente sino que utilizó a los amigos y familiares y vecinos del muerto, lo cual nos indica que hemos de estar atentos a su palabra para poder ayudarle en su acción salvadora sobre aquellas personas que nos rodean y si estamos sordos o despistados ¡o nos hacemos el longuis! nos habremos convertido en un impedimento para que Jesús pueda salvar o sanar o actuar en algunas personas que nos rodean; Jesús quiere que seamos elementos activos de su salvación redentora.

Volvamos de nuevo sobre Lázaro, cuyo rostro está cubierto con un sudario. Ni los demás veían su cara ni él podía ver a los demás. El velo. Dice la Escritura que nadie puede ver el Rostro de Dios y seguir viviendo, cuando lo vemos es porque estamos postrados en su presencia ya de modo eterno. Pero ¿cuantos rostros tenemos nosotros, cuantas caras tenemos para los demás? ¿Dejamos que los otros vean nuestro verdadero rostro, que sepan quienes somos realmente? ¿En cuántas ocasiones hemos etiquetado a una persona sin llegar a conocerla de verdad o nos hemos dado cuenta de que tiene mil caras?

Pero en todo esto hay una cosa que me llama la atención, Marta le dice a Jesús que su hermano ya «huele» y a Jesús le da igual, mandando que sea liberado de la losa y de las ataduras. Cuando Dios actúa en nosotros, cuando nos sana de nuestra enfermedad, lo hace con tanto respeto y cariño que no modifica nada en nosotros, somos sanados con nuestra propia condición humana, con nuestros pecados, con nuestro carácter, con nuestro mal olor; eso sí, con la esperanza por parte de Dios de que decidamos cambiar nuestra vida y comencemos una vida nueva con un corazón nuevo, que nuestra mente cambie. Él nos libera, nos abre sus brazos, y espera que seamos capaces de abandonarnos en sus manos con el compromiso de aceptar su voluntad y de que le amemos hasta el punto de darnos sin medida y de tener en Él una infinita confianza; la decisión será nuestra, las consecuencias también.

Siempre hemos antepuesto a Marta y a María, se nos han presentado como el modelo antagónico de la vida activa frente a la vida contemplativa. Sin embargo Marta y María nos muestran que podemos amar y orar en nuestras circunstancias de cada momento, podemos rezar mientras hacemos la comida, trabajamos, paseamos, viajamos, como también podemos orar cuando estamos arrodillados ante el Señor o sentados leyendo su Palabra. La vida no es una división sino una armonía, una melodía que podemos tocar, por eso hemos de descubrir que la oración abarca todos los minutos y cada momento de nuestro día y de nuestra vida, no hemos de pensar «me voy a rezar» sino «voy a seguir rezando pero en otro lugar o de otro modo». El arpa es un instrumento raro y precioso en su sonido pero necesita de las manos del músico para que suene la melodía de alabanza, el músico sin instrumento no hace nada, el instrumento sin músico no sirve para nada, la vida sin oración está vacía, la oración sin vida es un simple buscarse a sí mismo.

No olvidéis nunca que Dios Padre desea lo mejor para nosotros, el infierno y nuestra tragedia personal son una verdadera tragedia para Dios, para el que es Amor de todo amor.

Hermanas, hermanos, disculpadme que hoy haya sido tan extenso, os diría muchas más cosas, incluso os contaría intimidades de una vida que en ciertos momentos ha creído que se alejaba de Dios y que en otros ha regresado corriendo; por hoy ya está bien, pensad que Jesús, que el Padre y que el Espíritu Santo están siempre con nosotros y que nosotros debemos estar atentos y dejar que sanen nuestras enfermedades y heridas, que nos rescaten de la muerte, que susciten en nosotros nueva vida. Y se lo pedimos a este Dios, Uno y Trino, a través de la Virgen María que es Madre de Dios y madre nuestra.



## ACORDAOS DE QUIENES OS ANUNCIARON LA PALABRA.

Queridas hermanas y hermanos, la palabra de esta tarde (Hebreos 13, 7-9<sup>a</sup>) nos lleva a los principios de la predicación apostólica, cuando algunos discípulos echaban de menos el complejo culto judío, las ceremonias, oraciones y preceptos que habían practicado hasta su conversión, el predicador les dice que en esta nueva vida a la que han nacido en Cristo resucitado deben olvidar toda la complejidad de las celebraciones litúrgicas de antes y deben tener en cuenta que es Cristo en el nuevo Sacerdocio instituido en su persona quien eleva las oraciones de los creyentes y que de Él aprendemos que cada minuto de nuestra vida es culto a Dios, pues el cristiano consagra al Altísimo todos sus actos y pensamientos, tanto cuando está solo, como cuando lo hace junto a la asamblea que ora unánime a Dios Padre a través del Hijo bajo la inspiración del Espíritu Santo que es quien fortalece nuestra fe, acrecienta nuestra caridad y fundamenta nuestra esperanza.

***«Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No os dejéis arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas.»***

¿Y qué nos dice hoy a cada uno de nosotros, a ti, a mí, esta palabra de Dios?

Los más mayores hemos ido viviendo el cambio litúrgico en las celebraciones, de aquellas oraciones y Misas en latín que la asamblea no entendía y que situaba al sacerdote en un halo de misterio, a las celebraciones de hoy, en las que no solo entendemos la Palabra y las oraciones porque son pronunciadas en nuestra lengua, sino que participamos más directamente en el culto e incluso expresamos nuestra alegría con

palmas y movimientos de nuestro cuerpo, cantos que han dejado atrás el bello ritmo del latín para expresar con nuestras propias palabras el sentimiento de gozo, de dolor, etc. que tenemos, como hacemos en esta tarde.

Cuando miro a quienes me anunciaron la Palabra de Dios hay muchos rostros que no aparecen porque quizá no me transmitieron nada fundamental, su mensaje fue como el viento que pasó y no dejó rastro, pero hay rostros que sí recuerdo a la perfección. ¿Vosotros recordáis el rostro de esas personas que fueron importantes en el anuncio de la palabra de Dios para vuestras vidas? Tu padre, tu madre, tus abuelos..., el párroco, un sacerdote, una religiosa... un seglar, porque los seglares –lo que ahora llamamos “laicos” no consagrados- también anuncian la Palabra de Dios, no lo olvidéis.

Y si miro la vida que tuvieron y cómo murieron, en mi caso, todos tienen un denominador común: a una vida sencilla le acompañó un rostro sonriente dentro del ataúd e incluso, en el caso de la Madre Gloria, un perfume acompañaba a su cuerpo.

Los que me anunciaron la Palabra de Dios coincidieron todos, pese a la diferencia en el tiempo y en el lugar, en que «todo era muy sencillo» y que nosotros nos habíamos empeñado en complicarlo todo, pero que todo era muy sencillo: consistía en amar, en vivir con sencillez, en no estar apegado a nada de este mundo y en tener puesta la mirada en Dios e imitar la vida de Jesús.

Nosotros nos hemos cargado de santos y de santas inspiraciones para mirar a Dios sin mirar a Jesús de Nazaret, nos empeñamos en seguir modelos de vida de personas que hicieron el bien, evidentemente, pero que no son el mismo Jesucristo. Realmente debieran ser compañeros de viaje, pistas para cuando nos perdemos, sin embargo llegan a suplantar el lugar del mismo Hijo de Dios sin que nos demos cuenta, porque vemos a Jesús de Nazaret tan lejos que no somos capaces de imaginarlo como a un vecino nuestro, ¡y nos extrañamos cuando pensamos en el Misterio del Portal de Belén y de la Sagrada Familia en Nazaret porque sus vecinos no supieron reconocerlo como Dios y acabaron crucificándolo en aquel madero en el Gólgota!

Por eso el Papa Francisco en estos días nos ha dado un nuevo ejemplo al cambiar y nombrar como Rector del Seminario Pontificio Mayor de Roma a un hermanito de Carlos de Foucauld, pues su estilo de vida no es seguir la regla ni el ejemplo de ningún santo ni de ningún beato sino que su única regla es el evangelio y solo siguen el ejemplo de Jesús.

La Iglesia nos invita a mirar al hombre de nuestro tiempo con otros ojos, nos invita a bajar del altar para ver el rostro de Dios en la cara del mendigo, en nuestro vecino enfermo, en el trabajador estresado, en la dependienta que nos vende la verdura y, también, en el sacerdote que busca la forma de anunciar el reino, al fin y al cabo de eso se trata: de que anunciemos con nuestra vida el Reino de Dios.

La vida de Jesús, al leerla, al meditarla, al contemplar su figura nos debe llevar a un convencimiento: «Señor, desde el día que te conocí no tiene mi vida sentido sin ti» y a

partir de ese momento nos debe conducir a poder decirle: «Tan pronto como creí en Ti, he comprendido que no puedo hacer otra cosa sino vivir para ti».

Yo tengo un termómetro de cómo va mi convencimiento y está formado por dos oraciones que abarcan mi día: si rezo la «oración del abandono» con la seguridad de que me pongo en las manos del Padre y, por la noche, la oración del anciano Simeón «ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz» que se me hace imposible rezarla cuando no estoy convencido de ello.

Os invito, en esta tarde, a que pongáis los ojos en el Señor, en el que es Todo Bien, Sumo Bien (como decía San Francisco de Asís) y a que depositéis solo en Dios vuestra confianza, teniendo como modelo a Jesús de Nazaret, no llenéis su palabra, el Evangelio, de glosas sino entendedlo como un mensaje personal –que desarrollamos en la comunidad que es la Iglesia- que te interpela e invita a cambiar tu vida por una vida semejante a la de Él, no seáis como el joven rico que le preguntó que debía hacer para ser santo y cuando el Señor le respondió se fue triste en lugar de dar un paso.



## JESÚS DE NAZARET HALLADO EN EL TEMPLO.

Terminamos septiembre y mañana da comienzo octubre, el mes del Rosario; si mayo es el mes de la Virgen, octubre es el mes de los que rezan a la Virgen, un mes en el que hasta no hace muchos años la Iglesia lo resaltaba con la «Exposición Menor del Santísimo», en lugar de la Custodia se exponía el Copón con las Sagradas Hostias.

El texto de hoy es algo largo, sin embargo he extraído dos versículos del mismo para centrar nuestra atención. La lectura del Evangelio según San Lucas (2, 41-52) dice así:

*+ «Por las fiestas de Pascua iban sus padres todos los años a Jerusalén. Cuando cumplió doce años subió a la fiesta según costumbre. Al terminar esta, mientras ellos se volvían, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Pensando que iba en la caravana, hicieron una jornada de camino y se pusieron a buscarlo entre parientes y conocidos. Al no encontrarlo, volvieron en su busca a Jerusalén. Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que lo oían estaban atónitos ante su inteligencia y sus respuestas. Al verlo se quedaron desconcertados, y su madre le dijo:*

- *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.*

*Él replicó: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tengo que estar en la casa de mi Padre?*

*Ellos no entendieron lo que les dijo. Bajó con ellos, fue a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre lo guardaba todo en su interior.»*

Nosotros nos vamos a centrar en el versículo *«lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchando y haciendo preguntas»* y en el otro versículo que dice *«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que tengo que estar en la casa de mi Padre?»*.

Este relato evangélico es de las pocas noticias que tenemos de la vida oculta de Jesús; conocemos muy bien la parte de su vida pública, de sus parábolas, de sus milagros, de su pasión y resurrección, incluso sabemos de sus apariciones a santas personas a lo largo de los siglos. Pero ¿qué sabemos de la vida oculta de Jesús? ¿Qué hizo Jesús durante 30 años en Nazaret?

El Santo Rosario, en los Misterios Gozosos, nos da una pincelada rápida de la vida de Jesús de Nazaret: La Anunciación y su Encarnación en el seno de la Virgen María, sus saltos de gozo cuando la visitación de la Virgen a su prima Isabel, el nacimiento en el pesebre de Belén, su presentación en el templo junto a la purificación de su Madre y, por último, este episodio del niño perdido y hallado en el templo que es el que meditamos hoy.

Nazaret tiene mucho que contarnos, es la vida diaria, esa vida a la que no le damos importancia en lo que ocurre a diario, es nuestro cansancio de trabajar, nuestras enfermedades, nuestras alegrías, nuestros disgustos, en Nazaret vivimos y hablamos con las personas que nos rodean, esas en las que tenemos confianza y aquellas a las que no podemos ni ver de lo mal que nos caen por alguna historia pasada o una mala mirada. Nazaret, nuestro día a día se llena de esperanza y también de desánimo, de confianzas con el amigo o la amiga o la pareja y también de compras en la tienda de ropa o en la verdulería.

En nuestro Nazaret también buscamos a Jesús y a Dios Padre e imploramos la acción del Espíritu Santo; Nazaret es nuestra propia y personal historia de salvación, es donde Dios escribe su amor para con nosotros en cada día de nuestra vida. Si os dais cuenta, en el relato se nos dice que iban a Jerusalén por las fiestas de Pascua todos los años, es decir: salimos de nuestro Nazaret para encontrarnos con Dios en medio de los hombres y mujeres que celebran la fe. Siempre ir al encuentro de Dios implica ponerse en camino (en este relato hasta en cinco ocasiones se ponen María y José en camino), es una actitud, yo quiero encontrarme contigo, Señor, y voy a buscarte... (en el templo, en las fiestas religiosas, en medio de la masa de gente, entre mis conocidos...) hasta que te

encuentre, y termina el relato diciendo que María guardaba todas estas cosas en su corazón.

Pero nosotros nos centramos hoy en que lo hallaron en el templo escuchando y haciendo preguntas. Y nosotros ¿acudimos al templo a escuchar a Dios o lo asaltamos con una conversación continua llena de palabras y de oraciones repetitivas? ¿Por un momento nos hemos detenido a preguntarle y a escucharle? Venir al templo es aceptar que Dios nos puede dar la paz que necesitamos, así les ocurrió a José y María: llegaron al templo y vieron al niño y hallaron la paz en su corazón y en su preocupada cabeza. Venir al templo es reconocer que nuestra mirada está puesta en Dios, como José y María que al ver al niño descansaron pues toda su busca nace al no verle; y ellos se dejaron mirar por Jesús, ¿tú te dejas mirar por Dios?

No podemos entender como un reproche o mal genio cuando Jesús dice a sus padres ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que tengo que estar en la casa de mis padres? Seguramente a vosotras que sois madres os habrá ocurrido en más de una ocasión que vuestro niño o niña ha hecho una travesura escondiéndose o llegando tarde o entreteniéndose en alguna cosa y cuando le habéis reñido preocupadas, vuestra criatura ponía cara de no entender nada, como diciendo «mamá, si estaba en casa de la tía o en casa de los primos o de mi amiguito tal» y a ti se te queda la cara a cuadros como de que no entiendes nada; desde ese desconcierto podemos entender con cariño las palabras que el niño Jesús le dice a sus padres. ¿Dónde iba a estar Él sino en la casa del Padre? Mi sobrino siempre dice que si su tía no está en casa sabe que tiene que ir a buscarla a la iglesia porque estará seguramente allí rezando, y Jesús les dice a sus padres eso ¿dónde me vais a encontrar sino en la iglesia rezando, aprendiendo?

Y a nosotros, a ti, a mí, cuando no nos encuentran en casa, la gente ¿a dónde va a buscarnos y a donde va a preguntar por nosotros?

Continúa el evangelio diciendo que «ellos no entendieron lo que les dijo» e insiste en que bajó con ellos a Nazaret, se puso bajo su autoridad y María lo guardaba todo dentro de sí.

Nosotros tampoco entendemos muchas veces la acción de Dios en nuestras vidas, se nos escapa, por eso necesitamos también callar ante Él, dejar que el silencio nos llene, apartar las palabras, sencillamente acoger el silencio de Dios. Nuestra vida, como la de Jesús en Nazaret bajo la autoridad de sus padres, tiene un sentido que es ser santos, estamos llamados a ser santos, no santos de altar y pedestal, sino santos entre quienes nos rodean, santos de a pie; estamos invitados a escuchar a Dios y a los hermanos, a crecer en la sabiduría de Dios buscando y preguntando no entre quienes difunden doctrinas e historias raras sino a quienes han puesto su mirada y sus ojos en Dios y en su Palabra. Nuestra vida diaria debe intentar imitar aquella vida de Jesús en Nazaret, trabajamos gracias a Dios, enfermamos y lo ofrecemos como un martirio glorioso, amamos como reflejo del amor que Dios nos tiene, perdonamos porque todas las personas tienen derecho a la misericordia divina, caminamos en comunidad porque así Jesús nos enseña las Escrituras al partir el pan, también sufrimos nuestras noches

oscuras y tenemos nuestras dudas y miedos como José y María los sufrieron al no encontrar al Niño.

*«¡Oh Llama de Amor viva que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro! ¡Oh cauterio suave, oh regalada llama, oh toque delicado que a vida eterna sabe y toda deuda paga!»* escribe San Juan de la Cruz.



## JESÚS, EL GRAN LIBERTADOR.

Estamos acercándonos al Adviento, por eso en esta última etapa del Tiempo Ordinario la Palabra de Dios que se nos presenta es una Palabra liberadora, en la que nos marca el ritmo del creyente, en la que Jesús de Nazaret hace múltiples milagros y se mezcla entre la gente para hablarles desde la realidad en la que vive cada uno: enfermedad, pobreza, fariseísmo... Jesús es el «gran libertador» y en este contexto escuchamos el Evangelio según San Lucas:

*+ «Estaba un sábado enseñando en una sinagoga. y había una mujer a la que un espíritu tenía enferma hacía dieciocho años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: "Mujer, quedas libre de tu enfermedad". Y le impuso las manos. Y al instante, se enderezó y glorificaba a Dios.»*

La mujer toma el centro de este Evangelio; la mujer es la despreciada, la ninguneada, la que es una mula de carga y un paridera, relegada al rincón de la casa. En esta mujer encorvada del pasaje evangélico podemos descubrir a tantas mujeres maltratadas, violadas, cargadas como acémilas, vejadas en su honor, humilladas constantemente en el trabajo, en su casa, en el barrio, ¿cuántas mujeres conocemos que viven situaciones así? Mujeres que no son tratadas con cariño por sus maridos, que son olvidadas por sus hijos o que son despreciadas por los vecinos que las rodean; cuantas niñas y chicas jóvenes perdidas por caminos que no conducen a ninguna parte, que son carne de carretera o las últimas en sobrevivir en una patera; mujeres utilizadas como arma de guerra en tantas guerras que hay en el mundo.

[Hagamos un ejercicio de reflexión. Pongámonos de pie y tomemos de las manos a la mujer que tenemos a nuestro lado. Mirémosla a los ojos un segundo y cerrando los nuestros pensemos «Estoy a tu lado, contigo, junto a ti, no temas, en Jesús puedes descansar».

Sentémonos nuevamente y prosigamos con el relato evangélico.]

Sí, la mujer encorvada representa a tantas mujeres maltratadas o que sufren.

Y tú, ¿cuántas veces te has visto doblegada por el peso de las cargas que soportas, por tus enfermedades, por tu soledad? Id con vuestra mente al momento de este pasaje evangélico, es día de fiesta, Jesús está en el templo predicando y va a hablarles del grano de mostaza como respuesta a la queja de los fariseos por haber curado a esta mujer enferma. ¿En qué papel te sitúas tú en este relato? ¿Eres la mujer encorvada, uno de los discípulos que está allí sentado escuchando al Maestro, eres de los fariseos, eres de los que no creen en Jesús y en su poder...?

Miremos un momento al Cristo de nuestro altar, pronto será su fiesta, la de Cristo Rey del Universo, la de ese Cristo que nos dice «Yo soy el camino, la verdad y la vida», la de ese Cristo que nos promete «mi reino es un reino de justicia, de verdad, de paz», es la fiesta de ese Cristo que nos dice «quien quiera seguir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».

Es el mismo Cristo que ha curado a la mujer encorvada. Es el mismo Cristo que ha tomado tu mano para decirte que te ama y que está a tu lado y que te dice «nadie te ama como yo», ¿por qué no le pides en este momento que te mire, que te enderece, que obre en ti con su poder? Él solo nos pide que tengamos una fe como un granito de mostaza, con ese poquito Él ya puede obrar el milagro en ti y en mí.

Muchas veces digo que para mí, el gran milagro de Lourdes, de Medjugore, de Fátima es salir con el corazón transformado; ese es el milagro que yo le pido al Señor que obre en mí cada día, es el más difícil, «transformar mi corazón, cambiar mi duro corazón por un corazón nuevo que viva como Él quiere».

En otra traducción de este evangelio dice que la «mujer estaba encorvada por un espíritu inmundo», es decir, necesitaba sanar su alma, su corazón, y cuando Jesús le liberó de la carga que oprimía a su alma, ella recobró la salud física; pues, en muchas ocasiones, algunas enfermedades vienen como consecuencia de nuestro estado de ánimo, de nuestra forma de vivir. Al igual que la mujer encorvada del evangelio, nosotros podemos encontrar en nuestra enfermedad o en la situación de nuestra vida una ocasión para que Dios obre el milagro en nosotros, en vez de decir *¡qué he hecho yo para merecer esto!* o *¡lo mío no hay Dios que lo arregle!* podemos decir *¡gracias, Señor, porque te has servido de mi situación para encontrarte conmigo!* Y, como la mujer encorvada, alabarle y glorificarle.

Ya por último, quiero volver a una frase del texto de hoy «al verla, Jesús la llamó». El Señor sale al encuentro, a veces espera a que nosotros demos un primer paso, en esta ocasión se apiada de una mujer que –como nosotros- está en el templo rezando a Dios, pero su oración le permite oír a Dios y, por lo tanto a Jesús cuando la llama, no es una oración ensimismada, ni es una oración tan llena de palabras que no da lugar a que Dios le pueda responder (a veces Dios quiere respondernos y como estamos tan ocupados en decirle cosas se encuentra con la línea ocupada), su oración es una atenta escucha de Dios, la mujer con su sencilla oración contempla al mismo Dios en Jesucristo y porque

entabla ese diálogo silencioso con Dios puede percibir su voz y su gesto «¡Mujer!» y la liberó, porque aunque nuestro pecado sea tan grande podemos rezarle humildemente «*lávame, Señor, de mi pecado, purifícame de toda culpa*» y Él nos dirá «levántate, estás libre de tu enfermedad, estás libre de ti, de tu egoísmo, de tu error...»; esa es la gran maravilla de su amor y de su misericordia «venid a Mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviare». Y no olvidéis ese poquito de silencio que os permite escucharle a Él.



## MARÍA EN EL ADVIENTO.

+ Lc 1, 28-30 «*Y entrando le dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Ella se turbó por estas palabras y discurría qué significaba aquel saludo*».

Estamos celebrando hoy la fiesta de la Inmaculada Concepción, en pleno tiempo de Adviento, cuando aquellos cristianos de la Edad Media y los frailes franciscanos españoles gritaban por las calles que María era Inmaculada en su Concepción, lo hacían buceando en los primeros tiempos del cristianismo, para ellos si María era la Madre de Dios no podía tener pecado en su nacimiento, así es que hoy vamos a situar a María en el centro de nuestra enseñanza.

Siempre os digo que miréis al Cristo del altar de nuestra parroquia, sin embargo hoy vamos a poner nuestros ojos en otro lugar de nuestra iglesia que está íntimamente ligado con el Cristo crucificado. Mirad hacia la izquierda del altar, a donde está la Mare de Deu Blanqueta, si levantáis los ojos os encontraréis con el mosaico de La Anunciación del arcángel San Gabriel a la Virgen María, en él se refleja el momento del diálogo en que el Ángel le dice a María que va a concebir un Hijo del Altísimo y ella, nerviosa, le responde que cómo va a ser eso. ¿Qué tiene que ver este momento de la vida de la Virgen María con el Cristo crucificado? Ella estará al pie de la cruz, su fidelidad ha recorrido toda su vida, desde el momento de la Encarnación hasta el momento de la crucifixión.

Vosotras, las que sois madres, ¿cuantos miedos habéis pasado al quedaros embarazadas? ¿Estará bien la criatura? ¿Nacerá bien? Incluso habéis intuido el futuro que le podía esperar y que, tal vez no se ha cumplido, ¿a qué madre le gusta pensar que su pequeña criatura va a ser infeliz o va a tener una mala vida? Sin embargo, como María, tenéis esperanza y ese es el sentido del Adviento, enseñarnos que como cristianos debemos vivir siempre desde la esperanza, que debemos aprender a mirar con los ojos de Dios todo lo que nos va ocurriendo, a poner nuestros ojos en Él cuando las

cosas nos vienen mal dadas, a confiarle nuestros dolores, nuestros problemas, nuestras esperanzas, incluso nuestra falta de fe. Dios está ahí, siempre, Él permanece fiel desde el momento en que somos concebidos y hasta el momento en que nuestra alma se presenta ante Él para vivir el gozo eterno de su gloria.

María, la Virgen, atravesará un tiempo duro, está desposada con José pero aún no viven juntos –para entendernos es como si fuesen novios y no se hubiesen casado todavía-, se queda embarazada, es mujer, es judía, no pasa por la mejor situación que una mujer puede vivir, y vosotras sabéis lo que esto puede significar.

En ella se cumplirá la Escritura cuando el Profeta Oseas pone en boca de Dios estas palabras «*Le llevaré al desierto y le hablaré al corazón*». Nosotros también pasamos momentos extraños, que pueden ser difíciles, momentos que llamamos de desierto, que son esos momentos en que no sentimos la presencia de Dios, en que estamos despojados de todo, también puede ser esa mala racha que nos hace gritarle ¿por qué me ha tocado esto a mí? o puede ser ese tiempo de dificultad en el que no entendemos nada, en el que se nos cae la casa encima o nuestra familia se desmorona y nos parece que Dios no nos habla, que está callado, que no lo sentimos... En el desierto no hay nada, solo tierra y cielo, escasea el agua, pasamos hambre y vemos espejismos. Pero las palabras del Profeta son «*le llevaré al desierto y le hablaré al corazón*», es decir, en medio de todo esto, cuando no nos queda nada a lo que agarrarnos, cuando se nos han caído todas las *paraetas*, ¡entonces! y solo entonces Dios nos habla, lo va a hacer como a María, al corazón, susurrando sus palabras de amor, acariciándonos, tocándonos con suavidad, con tanta suavidad que quizá ni nos demos cuenta y sigamos amargados pensando que alguien nos quiere quitar el puesto o que por culpa de no sé qué o no sé quién tengo una vida tan desgraciada..., Él nos habla al corazón, nos ama y nos respeta, no nos fuerza, solo nos indica el camino: cuando te hayas despojado de todo, te quedará mi Palabra; es ahí cuando si llamamos podemos oírle, y os aseguro que es tan bello cuando Él te habla al corazón que quisieras quedarte así toda tu vida, pero no, ni María pudo quedarse atrapada en ese punto.

Dios ha conducido a María al desierto de su vida para que se encontrase con Él, para que oyese su Palabra, para que nos demos cuenta de que estamos pendientes de tantas cosas, tenemos tantas ganas de tener poder, de ser líderes, de ser ricos, de ser los más de lo más, que no hay otra manera de hacernos caer en la cuenta de que el único amor perfecto es el suyo.

¿Cuál es tu desierto? ¿Qué cosas son las que debes abandonar? ¿De qué tienes que despojarte para que en ti sólo quede la Palabra de Dios?

Y con todo este guirigay en la cabeza, la muchacha que decidió despojarse de todo para que se hiciese la voluntad de Dios, su Señor, se pone en camino; es algo que se repite constantemente en la Sagrada Escritura y en nuestra vida, si estamos atentos a nuestra propia historia de salvación: para encontrarse con Dios hay que ponerse en camino, salir de uno mismo, y María se puso en camino para ir a ver a su prima Isabel que estaba embarazada y a la que quedaba poco tiempo para dar a luz a su hijo Juan «El Bautista».

María, se da cuenta de que tras un tiempo de silencio y de contemplación del misterio que está viviendo, para encontrarse con la Palabra ha de salir de su casa («*mira, hija, inclina tu oído, sal de tu casa paterna, prendado está el Señor de tu belleza*») para servir a quien la necesita; es decir, el desierto nos pone en movimiento, cuando nos desprendemos de nuestro egoísmo y de todo lo que oscurece la visión de Dios, cuando confiamos plenamente en su Palabra, nos ponemos en camino y siempre que lo hacemos es para ir al encuentro del otro porque nos sentimos interpelados por la Palabra de Dios; como ocurre con los Profetas y con quienes creen en Dios, María se enfrenta a un largo camino, 130 kms separan su casa de la de su prima Isabel, pero eso no es lo peor del camino –que puede estar lleno de bandidos-, sino que deberá subir los casi 1.000 metros de altitud que tiene el Monte Hebrón, y es que Dios parece que quiera hacernos subir una montaña, San Juan de la Cruz nos lo dibuja así en su «Subida al Monte Carmelo», podemos ir a Dios por caminos tortuosos, meternos por veredas, buscar atajos, cada uno llegará a la cumbre de la montaña que Dios le ha puesto ante sus ojos de una u otra manera, nadie ha dicho que sea un camino fácil y llano, María sabía muy bien a donde iba y a lo que se enfrentaba, pero no tuvo miedo porque sabía que estaba llena de gracia, sabía de quién se estaba fiando (como dice San Pablo en su carta a Timoteo) y en Él encuentra la fuerza, en Dios halla su esperanza. Cuando llega a Hebrón se encuentra con que su prima Isabel sale a su encuentro, la espera con tanta alegría que su pequeño salta de alegría dentro de su vientre y es que cuando nos ponemos en camino en nombre de Dios, siempre nos espera con los brazos abiertos y nos ayuda a comprender todo el misterio, acoge nuestra historia personal, reconoce nuestro esfuerzo, sabe de nuestras dudas y miedos y abre sus brazos, como en la parábola del hijo pródigo, por eso pone a nuestro encuentro personas que nos abran sus brazos y con su gesto nos permitan ver el rostro de Dios con una gran esperanza.

Y tú ¿dejas que Dios te salga al encuentro? ¿reconoces a Dios en el rostro del hermano? ¿tienes miedo de ponerte en camino? ¿a las personas que Dios pone en tu camino las estás viendo como enemigos o como medio?

María nos muestra nuestro propio camino, ella ha tenido el privilegio de descubrir que la generosidad, cuando respondemos que sí a Dios, cuando nos fiamos de Él, cuando nuestros corazones se abren a las necesidades del otro, tiene la mayor recompensa que cabe esperar: Dios, Dios que se hace Niño en sus entrañas, Dios al que acunará y dará calor en su regazo, Dios que bendice a quienes hacen su voluntad.

María está llena de esperanza y como la viuda del Evangelio, entrega todo lo que tiene, no le da a Dios lo que a ella le sobra, sino que le da toda su vida, sí, hermanos y hermanas: le entrega su vida al completo, no se guarda nada para ella, podría no haber echado nada o haberse guardado una de las moneditas y haber echado la otra; ambas mujeres están llenas de esperanza y de confianza, la joven María y la pobre viuda, el comienzo y el final de nuestra vida, se convierten en una trayectoria continuada que nos dice que nada tiene sentido sino es «*con Él, por Él y en Él*».

Os invito a que le dejéis nacer en vuestro corazón, tened esperanza, creed firmemente en Él, yo sé de quién me he fiado.



## VENID Y LO VERÉIS, JESÚS DE NAZARET.

Acabamos de dejar atrás la Navidad, hemos dado un salto cuantitativo en el tiempo, pues nos trasladamos al inicio de la vida pública de Jesús, hay un lugar común para ambos espacios temporales: Nazaret.

Dice el Evangelio según San Juan:

*+ «Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: “¿Qué buscáis?” Ellos le respondieron: “Rabí - que quiere decir, “Maestro” - ¿dónde vives?” Les respondió: “Venid y lo veréis.” Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.»*

Los discípulos de Juan «El Bautista» quieren saber en dónde vive Jesús, es algo que tiene una fácil explicación: cuando uno conoce a una persona y quiere entablar una amistad seria –más allá de los chismorreos-, necesita saber esa persona de qué pueblo es, en qué lugar vive, cómo es su casa, porqué sitios se mueve y hace su vida; de hecho, cuando yo tengo un especial interés en que alguien me conozca de verdad, lo paseo por la playa, le enseño los monumentos de Gandía al tiempo que le explico algo de la historia, hago especial hincapié en aquellos sitios que para mí son significativos, por ejemplo, me los llevaré a la iglesia del Beato y no los llevaré a la discoteca Falkata. Evidentemente le invitaré a venir a mi casa, le hablaré de mi familia y su historia, etc. Pues aquí, en este pasaje evangélico ocurre lo mismo, los discípulos del Bautista quieren conocer en profundidad a Jesús y Jesús les dice «venid conmigo y veréis donde vivo», es decir, acompañadme y veréis como soy y como es el lugar en el que se desenvuelve mi vida.

¿Cuál es el lugar en donde se desarrolla tu vida? Si llevases a Jesús contigo, qué le enseñarías (de tu pueblo, de tu casa, de tu trabajo...). Eso es lo que hace Jesús con los que quieren conocerle.

¿Y dónde vive Jesús? Según podemos desprender de la Biblia, Jesús vive con su madre durante aproximadamente 30 años en Nazaret (acude con su madre a las bodas Jn 2: 1-11). Jesús crece con los niños de su pueblo, acude a la sinagoga a aprender la Sagrada Escritura (crecía en sabiduría, estatura y gracia Lc 2:52), trabaja con San José en la carpintería (¿no es ese el hijo del carpintero? Mt 13:55); es decir, hace una vida

absolutamente normal, como cualquier otra persona, como tú, como yo, mezclado entre sus gentes, acompañando a su madre al mercado a hacer la compra, a visitar a los parientes y amigos (perdido en Jerusalén Lc 2: 41-50)...

La Iglesia durante siglos nos ha dicho que debíamos ser personas buenas, humildes, calladas... y todo esto nacía en la casa de la Sagrada Familia; pero la Iglesia ha descubierto que el mensaje de la Casa de Nazaret tenía mucha más trascendencia e importancia y no se había dado cuenta de ello. Nazaret es nuestra vida diaria, es lo que nos ocurre cada día, es nuestra vida de familia, nuestras relaciones con los amigos y con la gente del pueblo, es nuestro trabajo, es nuestra relación personal con Dios y nuestra vida en la parroquia y en los grupos a los que pertenecemos, como este.

Por lo tanto, tenemos que descubrir que Nazaret, la vida de Jesús con María y José, nuestra vida con nuestra familia, con nuestros vecinos, con nuestros compañeros de trabajo, en la parroquia... es una vida de amor y de oración dentro de una vida normal.

Jesús en Nazaret vive una vida escondida, sin estridencias, una vida tan normal que ni los evangelistas le prestan casi atención. Sin embargo, Jesús y María y José viven en Nazaret una vida contemplativa, una vida de contemplación del Misterio del Dios que se ha encarnado y se ha hecho hombre –como nosotros- y que ha recibido un nombre – como nosotros-, si yo soy Víctor y tú eres María o Nieves o Pepe, Él es Jesús.

¿Os podéis imaginar lo que significa esto? ¿Os dais cuenta de que estamos llamados a vivir en el mundo que nos rodea y en nuestra Iglesia la misma vida que llevó Dios entre nosotros cuando se hizo carne? Creo que es una responsabilidad muy grande la que tenemos si llegamos a descubrir y a tomar conciencia de que hemos sido bendecidos con la posibilidad de vivir la misma vida que «Dios con nosotros» (eso significa Emmanuel).

Cuando Jesús les dice a los discípulos de Juan «El Bautista» «*venid y veréis* (donde vivo)», les está diciendo que vayan con Él para descubrir que Dios está en medio de ellos viviendo una vida normal y, a la vez, con una singularidad: que pasando desapercibido –como Jesús, como María, como José- podemos llevar a nuestra sociedad, a los que nos rodean, el mensaje de amor de Dios, el mensaje de amor del mismo Jesucristo, de un Cristo que es desconocido para los hombres que le rodeaban en aquel momento (por eso le preguntan «*dónde vives*») y que también es desconocido para las personas y el mundo de hoy; cuantas personas conocemos que están bautizadas y no conocen realmente al Señor, y que del Señor y de la Iglesia solo saben cuatro cosas: «bautizo a mi hijo por si acaso, tomo la Comunión que es un día de banquete muy bonito, me caso por la Iglesia que luce mucho y que me entierren en la parroquia por lo que pueda ser» y ya poco más conocen de Jesús ni de Dios.

¿Y qué nos supone ir con Jesús para saber dónde vive? Bueno, antes que nada tengo que haceros una pregunta personal a cada uno y a cada una de vosotras: ¿Tú quieres ir a ver dónde vive Jesús? ¿de verdad? ¿te lo has pensado bien?

Porque ir a ver dónde vive, ir a Nazaret, nos invita a estar disponibles para las personas que nos rodean y necesitan; también nos obliga a respetar al otro tal y como es, con su historia personal y familiar, con su raza, su religión, sus costumbres, porque Dios quiere que primero seamos personas y después le seamos fieles en lo cotidiano, en el día a día, dándonos cuenta de que nosotros, tú y yo, tenemos nuestra propia historia personal, nuestra historia familiar, nuestro pasado y nuestro presente y ahí es donde tenemos que leer los signos del Reino de Dios en este mundo en el que vivimos, porque si alguien tiene hambre o sed o necesita ropa o está solo es aquí, entre nosotros, no es en el pasado, no es en la segunda guerra mundial, es aquí y hoy, es hoy doce de enero de dos mil dieciocho a las seis de la tarde. Esta es nuestra hora de fidelidad a Dios y esto nos invita a renunciar a muchas cosas que queremos y deseamos pero que no forman parte del proyecto de Dios, esta hora nos ofrece la oportunidad de salir al encuentro del hermano, del marido, del hijo, de la amiga y, con nuestra forma de vivir cada día, hablarle de la Buena Noticia, como también es el momento de preguntarnos ¿cómo le hablo yo de Dios, de Jesús, del Evangelio a estas personas, a estos niños, que están sufriendo, que están abandonados, a esa anciana que nadie va a ver...?

Todo esto necesita oración, tenemos que ser personas de oración, contemplativos en medio del mundo; y para ello tenemos que tener nuestros momentos de silencio, de estar solos, así podremos descubrir que Dios ama al mundo y que Dios trabaja en el mundo y que en nuestra vida diaria es donde Dios quiere que aprendamos a ser sus hijos para que así aprendamos a ser hermanos de todos los hombres y mujeres, de todas las personas que viven en el mundo.



## **CALLA Y ESCUCHA, PON ALERTA EL CORAZÓN, BUSCA LA PAZ.**

Queridos hermanos y hermanas, hace unos días vivíamos el retiro de Cuaresma en el que se nos invitaba a tomar nuestra cruz, en unos días viviremos la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Os invito una vez más a mirar al Cristo del Altar, fijaos bien, es Cristo Rey del Universo. Miradlo bien, en Él no hay dolor pero están las llagas, la llaga del costado y los clavos que le atormentaron, ¿recordáis cuando os expliqué que vosotros estáis en las Llagas de Cristo muerto y resucitado?

+ *«No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.»* (Jn 15, 15)

Acompañadme ahora, un momento -vamos ante el «Cristo de la Noche»-. Miradle. He aquí al que nos dice que Él es el Camino, que Él es la Luz, que Él es la Vida. Decidme ¿veis aquí un camino, una luz, veis vida? ¿No es este el que ha venido a salvarnos? ¿Dónde está la salvación? Dice San Pablo que *mientras los judíos piden señales y los gentiles buscan la sabiduría*, los milagros que hoy buscan unos y el imperio de la razón que proclaman otros, *nosotros predicamos a Cristo Crucificado, un escándalo para muchos, una aberración para otros, para nosotros es fuerza y sabiduría de Dios*, de un Dios que es Amor de todo amor.

(Podéis expresar con gesto lo que este momento ante la cruz os sugiera: abrazo, beso...)

«... *os llamo amigos*» y te pregunto: ¿cómo puedes vivir y perseverar en la fe si huyes de Él? ¿cómo puedes vivir haciendo como que aquí y en tu vida no pasa nada? ¿cómo puedes vivir y decir que tienes fe cuando no le acompañas pese a todo el amor que Dios ha puesto en ti, llegando a entregarse por ti en la cruz? ¿Qué amigos tiene Jesús que no están a los pies del madero cuando va a exhalar su Espíritu? ¿Tanto miedo tienes que prefieres mirarlo de lejos, sin adentrarte en la cruz, sin compadecerte de verdad de Él? ¿Crees que tus palabras son sinceras cuando dices que le quieres y que todo lo haces por Él o realmente lo que le dices es que se haga tu voluntad si es la mía? Y si tanto le quieres ¿por qué no le adoras? De verdad, dime, ¿has hecho de tu vida oración o sencillamente un teatro de fe?

«... *todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer*» y esto es lo que te ha dado a conocer: que hay que morir en amor, que quien no muere enamorado no da vida, y una vida que no se entrega es una vida inútil.

Mírale, está callado, en medio de la noche, de su noche, es la hora del silencio de Dios, es hora de que entres tú en el silencio de Dios. ¿Para qué quieres tantas palabras y tantos saltos si tu boca no calla y tu mente y tu corazón, todo tu ser, no soportan ni dos minutos de silencio, de ese silencio que te permite oírte a ti mismo y a tu realidad, de ese silencio que permite que Dios te hable a ti, a tu corazón, a tu mente. ¿Por qué huyes de ti y de Dios si Él te ha dicho que eres su amigo, su amiga?

Cuando entregó su espíritu acababa de decir «*Dios mío, porque me has abandonado*», no porque se sintiera desesperado de la ausencia de Dios sino porque era un buen judío y conocía las Escrituras y concluía su vida con las palabras con las que comienza el Salmo 22 para decirnos que solo quien de verdad confía en Dios y se abandona en Él eleva una oración sincera, una oración que se abre a la alabanza en medio de la noche de la fe, la oración de quien sabe desde el seno de su madre que Él es Dios y que sólo Él puede salvar este mundo, solo Él puede salvarte a ti y que hasta tu grito ha de ser convertido en alabanza.

Dentro de un momento estaremos diciendo «*Te adoramos, Señor, y te bendecimos porque por tu santa cruz redimiste al mundo*» y te pregunto si hoy va a ser una vez más de tantas veces o si hoy va a comenzar en tu corazón a ser realidad lo que dicen tus palabras.

En silencio regresamos a nuestros sitios. Decimos juntos:

*Padre mío, me abandono a Ti, me pongo en tus manos,*

*Haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias,*

*Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo con tal de que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas,*

*No deseo nada más, Dios mío, te confío mi alma,*

*Te la doy con todo el amor de que soy capaz*

*Porque te amo y porque para mí amarte es darme, entregarme en tus manos sin medida, con infinita confianza,*

*Porque Tú eres mi Padre.*

Y ahora calla y escucha, pon alerta el corazón esta tarde, busca la paz.



## **VEN Y SÍGUEME. TÚ, SEÑOR ME LLAMAS.**

+ Mt 9, 9. *«Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: “Sígueme.” Él se levantó y le siguió.»*

Queridos hermanos, queridas hermanas, estamos en plena Pascua del Señor, a mitad camino entre su Resurrección y Pentecostés. Recordamos una vez más que Jesús ha resucitado con sus llagas, que Cristo se ha aparecido a los discípulos y a las discípulas, bueno, para ser sinceros, primero se ha aparecido a las discípulas y luego a los discípulos. Ellos le escucharon y le siguieron, consagraron su vida al que tanto los amaba, el mismo Jesús de Nazaret que les había dicho a cada uno «¡Sígueme!».

Hoy estamos nosotros aquí, reunidos en nombre suyo, como tantas veces se reunían los discípulos en nombre de Jesús después de su muerte y resurrección. Ellos se sintieron llamados a consagrar su vida a Cristo, a seguirle, a proclamar el evangelio con sus vidas. ¿Y tú? ¿Te sientes llamado / llamada a consagrar tu vida a Dios? ¿O sientes que eso no es para tí, que el Señor no te ha llamado?

- Pepe, por favor, ¡ven! ¿eres perfecto? ¿cometes pecados? ¿sientes o has sentido alguna vez que el Señor te mira, que Dios te ama? (Pepe responderá).
- Pepe, ¡sígueme! (nos situamos bajo, ante el altar). Mírale, ¿reconoces en la cruz al que ha muerto y resucitado por tí? ¿Crees que Él te acepta con tus limitaciones, que te quiere tal y como eres? ¿Y tú qué puedes ofrecerle de tu vida sencilla al que tanto te ama? (Pepe responderá).

*(susurrando: mira qué grande es la Iglesia, vete al sitio que tu corazón te diga en este momento).*

- Marisa, por favor, ¡ven! ¿recuerdas el rostro de la imagen de la Virgen del Carmen que regalaste a la Parroquia? ¿Te has fijado y te has dado cuenta de que cuando ves la imagen de la Virgen desde el parking tiene forma de una botella de perfume (quizá no te habías percatado hasta hoy)? (Marisa responderá).
- Yo, a veces oigo que dicen le falta la corona o que no tiene cabeza; sin embargo lo que yo pienso es que si me dejo descubrir por la Virgen lo que veo es un frasco de perfume de Nuestra Señora para que yo huela como ella, que es el perfume de Dios. (Marisa responderá).
- Marisa ¡sígueme! (bajo ante el altar) ¿ves el Sagrario? ¿qué hay dentro del Sagrario? Justo detrás está la Virgen que tú regalaste para que nos mirase y protegiese, ¿puede ser que ese frasco de perfume que es la Virgen nos esté señalando al perfume que esconde el Sagrario, que es el mismo Dios hecho Eucaristía? ¿Y tú puedes ser parte de ese perfume de Dios para la humanidad? (Marisa responderá).

*(susurrando: mira qué grande es la Iglesia, vete al sitio que tu corazón te diga en este momento)*

- David, Yolanda ¡ven! ¿ves este mosaico tan grande? ¿hay piedras diferentes o todas son iguales? ¿tienen todas el mismo color o tienen colores diferentes formando formas diferentes? (David responderá).
- David, ¡sígueme! (bajo ante el altar) ¿ves el altar? Es la piedra más grande de nuestra Iglesia, en él está escrito «Cristo, piedra angular de la Iglesia» ¿es Cristo la piedra angular de tu vida, la roca para tu fe, es Él el que te hace fuerte? ¿Y tú puedes ser el apoyo para otras personas, para que sean fuertes cuando se sienten débiles? (David responderá).

*(susurrando: mira qué grande es la Iglesia, vete al sitio que tu corazón te diga en este momento)*

Nieves, tu hijo pertenece a una orden religiosa; mamá gracias por venir, yo estoy aquí en medio de vosotros; Gregori, tu madre es una persona de fe. Cada uno / cada una de vosotras, de los que estáis aquí escuchando esta tarde vivís una vida sencilla, un día os sentisteis llamadas al matrimonio o a una vida de entrega a los demás en la soltería, hay quien es viuda, como hay quien ha salido de su tierra. Todos tenemos nuestro carácter, nuestra forma de ser, nuestros defectos o pecados, ninguno de nosotros –ni tú, ni yo- somos perfectos, tampoco era perfecto Mateo «el recaudador de impuestos» y Jesús le dijo «ven y sígueme».

(cambiamos al texto Hch 18, 26)

Las palabras del joven Apolo cortan el aire en la sinagoga de Éfeso, ante una audiencia cautivada por la brillantez del discurso; entre los oyentes estaba **Áquila** -era un tapicero que tejía tiendas de campaña- y **Priscila** -era una noble romana y esposa de Aquila-, ambos eran amigos de San Pablo y admiran al joven Apolo, pero en el discurso echan de menos la luz de la fe, por eso «*se lo llevaron consigo y le instruyeron más a fondo*

*en la doctrina del Señor»; los dos, Priscila y Aquila, eran cristianos que vivían su vida normal de cada día, pero se dieron cuenta de que podían perderse muchas almas si no trabajaban por la conversión de ellas, y lo hacían con su trabajo de artesanos, viviendo con dignidad, como Jesús en el taller de Nazaret, como nosotros en aquellos trabajos que hemos tenido. ¿No nos pide Dios a nosotros, a ti, a mí, como a Priscila y Aquila, que demos testimonio con nuestra vida, que atraigamos a los demás con nuestro ejemplo y forma de vivir, con nuestra paciencia, con nuestra bondad, con nuestra sonrisa, con nuestra amistad y cercanía? ¿Tienes miedo de que Jesús te diga ¡ven y sígueme! para amar en medio del mundo, como la levadura en la masa o la sal en la comida, que no se ven pero se notan? Deberíamos reflexionar en este momento cada una / cada uno si Jesús no te está llamando a consagrar tu vida como Priscila, como Aquila. No tengáis miedo a decirle *Sí, Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad* –como el joven Samuel-. Decid conmigo *«Me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo con tal de que tu voluntad se haga en mí y en todas tus criaturas, no deseo nada más, Dios mío»*.*

Oramos en nuestro corazón: *Maestro Bueno, gracias por salir a mi encuentro en este día que termina. Te pido, Señor, que me ayudes a ser reverente ante tu Palabra, para que escuchándola con atención, pueda vivirla coherentemente en mi vida. Gracias Señor por esta oración. Gracias por llamar a muchos a entregar su vida entera al servicio de tu Evangelio. Ayúdame a cooperar siempre con lo que a mí me toca, para que con humildad, pueda aportar también mi grano de arena en tu Plan de salvación como Priscila y Aquila. Amén.*



## **QUE NADIE OS QUITA VUESTRA ALEGRÍA.**

A lo largo de las enseñanzas que os he ido impartiendo durante un año hemos ido profundizando en la vocación a la santidad a la que estamos llamados todos los bautizados; comenzamos mirando a las Llagas de Jesucristo, vimos la necesidad de imitar la vida de Jesús de Nazaret y, finalmente, la llamada que Jesús nos hace a cada uno a seguirle. Un mes atrás el Papa Francisco nos regaló con la Exhortación Apostólica «Alegraos y regocijaos» que, al igual que el título de esta enseñanza de hoy, va unida al Evangelio que escucharemos ahora después en la Santa Misa y está relacionada con la fiesta de la Ascensión que celebramos este fin de semana. Detengámonos y prestemos atención a las palabras que San Pablo escribe a los Efesios (Ef. 4, 1):

**«Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados».**

San Pablo continuará en su carta diciendo **«a cada uno de vosotros le ha sido concedido el favor divino a la medida de los dones de Cristo»** para continuar **«¿qué quiere decir subió (a los cielos) sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra?»** Invitándonos a **«revestíos del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad»**, para terminar esta parte de la Carta a los Efesios diciéndonos **«no entristezcáis al Espíritu Santo... toda ira (...), gritos y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros».**

Como veis todo va en una misma línea, la invitación a que tú y yo nos convenzamos de que la santidad es posible entre nosotros hoy, aquí y ahora, pero es necesario que nos lo creamos –en primer lugar- y que después actuemos en consecuencia, es decir: que cada vez que vamos a hacer algo o que tengamos una duda o un problema tú y yo nos preguntemos **«¿Señor, Tú qué harías en esta situación?»** y lo hagamos. **«En este momento yo me propongo hacer siempre lo que Tú, Señor, harías ante cualquier situación».** Callemos un instante y en silencio dile al Señor si quieres hacer lo que Él haría o si prefieres seguir haciendo lo que te da la gana, esto es vivir amargado o complicándole la vida a los demás, no sonreír, mandando mensajes que incitan al odio o la división... **«Yo quiero hacer lo que Tú harías, quiero hacer Tu voluntad siempre, Señor».** También puedes decirle **«Señor no quiero seguir tus pasos, no quiero aceptar tu llamada»;** gracias a Dios, somos libres para tomar nuestras decisiones, has venido aquí porque has querido, porque has sentido una necesidad o llamada interior, por lo que sea, es la misma libertad que tienes para vivir como quieras, eso sí: tú decides.

Cuando San Pablo nos dice que subió Jesús a los cielos y que eso implica que antes había bajado a los infiernos –cosa que profesamos en el Credo-, nos está diciendo a ti y a mí que Jesús baja a nuestros infiernos, a tus problemas y a los míos, al mal carácter que nos complica la vida, al enganche que tenemos con la televisión o el internet y las redes sociales, al egoísmo y también a tus miedos, a aquello que ni tú ni yo queremos afrontar de nuestra salud, de nuestra forma de ser, de nuestra manera de pensar; y Jesús baja a nuestros infiernos para darles luz, baja para iluminarlos, porque Él es la Luz; sigue respetando nuestras decisiones, incluso la de no dejarle iluminar nuestra alma, pero ¿de verdad que hoy tú no quieres que Jesús, el Resucitado, ilumine toda tu oscuridad, tu tiniebla, tu infierno y te saque de todo ese dolor? Dolor que tú vives, dolor que haces vivir a los demás.

Mañana la Iglesia Universal cantará en las Vísperas un Himno que nace de la experiencia de la Ascensión y nos dirá **«¿qué hacéis mirando al cielo, varones, sin alegría?»**, precisamente cuando Jesús, el Señor, lo que hace es enviarnos a vivir y a proclamar con alegría su Evangelio, la Buena Nueva, a todo el mundo.

¿Vamos a dejar que nuestros miedos, nuestra oscuridad, nuestro infierno nos impida vivir felices?, porque sabéis que podemos ser felices aun en medio de la peor enfermedad, de la mayor pobreza, de la soledad, unos lo habéis visto y otros lo hemos

experimentado. La felicidad no es poner nuestra confianza en las cosas de aquí, es ponerla en Dios, es abandonarnos en sus manos, es darle gracias por todo lo que nos ocurre cada día, es bendecirle por lo grande que Él es. Si nuestra fe no cree en todo esto... es una fe inútil, cualquier problema nos sacará de nuestras casillas, juzgaremos mal a las otras personas, incluso nos amargaremos exigiéndonos aquello que no podemos hacer, llenaremos nuestra vida de actividades caritativas que solo pretenderán alimentar nuestro yo «porque qué bueno que soy» o de reuniones y palabras que realmente nos impiden pensar en lo único: en que Dios es el centro de nuestra vida, de la tuya, de la mía, sí, porque así lo hemos decidido y porque Él nos envía a su Espíritu Santo para ayudarnos y ayudar a los demás. Y aquí hay otro «pero» que nos vuelve a llevar a las palabras de San Pablo, el Señor nos envía su Espíritu Santo para que seamos santos, para que vivamos en santidad y eso está reñido con tener trifulcas, con faltarle el respeto a tu padre o a tu madre o a tu hijo o a cualquier desconocido, ser santo no se lleva bien con creerse propietario de la verdad, ni tampoco con el racismo, ni con el miedo. ¿A qué tenemos miedo? ¿a morir? Pero es que vas a quedarte aquí de simiente ¡o qué! ¿A estar enfermo? Con Él podemos vivir toda enfermedad tranquilamente, con dolores, con cansancio pero con Él que nos ha dicho venid a mí si estáis agobiados. Entonces, ¿a qué debemos tener miedo? Yo os aseguro que en mi vida he tenido dos miedos durante muchos años: uno era miedo a morir sin ser hijo de la Iglesia y el otro miedo –que os aseguro que aún me dura- es a no poder decirle cada noche “*ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz*” y no es miedo a la muerte, cuidado, no nos confundamos, es miedo a morir en pecado, a no poder ver nunca su Rostro. Esos son mis dos miedos, os lo confieso; todo lo demás me da igual, me podrá hacer temblar un poquito más o un poco menos, pero nada comparable a los miedos que os he confesado esta tarde. A veces me justifico y digo Señor, todavía no que está mi madre o que tengo que solucionar tal o cual problema, lo cierto es que siempre acabo diciéndole «*me abandono en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias*»; así mi espíritu es como encuentra el consuelo.

Queridas hermanas y hermanos, no tengáis miedo a vivir la alegría del Señor, que nadie os quite esa alegría, que nada, que ninguna cosa os quite esa alegría del Señor; os lo aseguro, se transformará vuestro rostro, se os cambiará interiormente la forma de vivir.



Vuestro pequeño hermano en el camino,

Víctor-José



## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| Portada  | 0  |
| Editorial  | 3  |
| Título   | 4  |
| Adorar al Dios Vivo en medio de nosotros           | 6  |
| En el corazón de la masa, testigos de su amor      | 8  |
| Sagrado Corazón de Jesús, amar sin condición       | 11 |
| Cuando soy débil, soy fuerte                       | 14 |
| Sáname, Señor                                      | 16 |
| Acordaos de quienes os anunciaron la Palabra       | 19 |
| Jesús de Nazareth hallado en el Templo             | 21 |
| Jesús, el gran Libertador                          | 24 |
| María en el Adviento                               | 26 |
| Venid y los veréis, Jesús de Nazaret               | 29 |
| Calla y escucha, pon alerta el corazón             | 31 |
| Ven y sígueme. Tú, Señor, me llamas                | 33 |
| Que nadie os quite vuestra alegría                 | 35 |
| Fotografía: Cosmogonía de Cristo, Rey del Universo | 39 |



**“Cristo Crucificado, Sumo Sacerdote y Rey del Universo”**

Iglesia Parroquial de San Nicolás de Bari, Obispo.

Grao de Gandía (Valencia, España)